

hace conocer que la Inglaterra volverá en un período de tiempo no muy lejano á ser nuevamente acreedora al título de *Isla de los santos* con que en otros tiempos se honró. Hoy vemos ya establecida en aquel país la jerarquía eclesiástica, y cada día es mayor el número de personas, en su mayor parte de alta posición, que detestando el anglicanismo, entran en el gremio de la Iglesia católica.

CAPÍTULO XI.

Penas severas impuestas por el rey de Francia contra los novadores.— Discurso religioso de Francisco I.—Calvino dedica su «Institucion cristiana» al mismo rey.—Idea de esta obra.—Por qué se ha dado á los calvinistas el nombre de hugonotes y á sus pastores el de ministros.—España, baluarte de la fé católica.—Dos jesuitas.—Ejemplos contemporáneos.—Abolicion del catolicismo en Ginebra.—Apostasia.

Hemos dicho que el rey de Francia Francisco I velaba con incansable celo por la conservacion de la pureza de la fé en sus Estados, y en efecto desplegó el mayor rigor contra los sectarios de las nuevas doctrinas. A esta severidad se debió el que no cupiera á la Francia la desgraciada suerte de Inglaterra. Citaremos un solo caso entre los muchos que pudiéramos consignar. Un religioso del orden de predicadores apostató y se hizo muy libertino, hasta el extremo de casarse con dos mujeres á la vez, y cayó en la herejía, empezando á predicar con el mayor descaro la misma doctrina que él practicaba. No contento con perderse, quiso ser el instrumento para la perdicion de otras muchas almas. Fué preso en Lyon, y condenado por los tribunales de aquella ciudad á ser quemado vivo. El hereje apeló al Parlamento

de Paris, el cual aprobó la sentencia, que se ejecutó públicamente. Cuando estaba en el suplicio pidió hablar al público, y empezó de un modo edificante; pero en seguida su lengua impura comenzó á vomitar blasfemias las más execrables sobre la Sagrada Eucaristia, lo que hizo que al momento aplicasen el fuego, cuyos llamas sofocaron la voz del apóstata que fué reducido á cenizas.

Este horrible castigo no intimidó á los novadores que se habian propuesto á todo trance descatolizar á la Francia, y llevaron su audacia al extremo de fijar carteles en las esquinas, en las puertas de las iglesias y hasta en las del palacio del monarca. En estos carteles se leian las más injuriosas invectivas contra la religion y sus ministros y tambien contra la persona del rey. Este se hallaba á la sazón en Blois, é inmediatamente que fué sabedor del suceso se trasladó á Paris.

No afligieron tanto á este buen monarca las ofensas que se habian hecho á su persona, como las inferidas á Dios y á la religion. Asi, pues, quiso dar un público testimonio de su fé, y no solamente publicó un edicto muy severo contra los herejes, sino que al mismo tiempo ordenó se celebrase una procesion de desagravios con la mayor solemnidad y ostentacion, en la que el Delfin, los dos principes sus hermanos, y el duque de Vandome, llevaban las varas del pálido, bajo el cual era conducido el Santisimo Sacramento, en pos del que iban el rey, la reina, las princesas sus hijas, cinco cardenales, gran número de obispos y de señores principales de la córte, llevando cada uno un hacha encendida en la mano, y todos con la mayor compostura y devo-

cion, siendo un acto muy edificante que no podia presenciarse sin verter lágrimas de consuelo. De este modo fueron desde San German de Auxerre, parroquia del palacio del Louvre, hasta la catedral.

Faltaba un acto no ménos edificante que el anterior. Luego que la procesion hubo llegado al templo catedral, el rey reunió en la sala principal del palacio episcopal á los principes, prelados y nobles que habian asistido al piadoso acto, y mandando que las puertas quedasen abiertas, para que entrasen cuantos pudiesen hallar sitio donde acomodarse, pronunció un largo y muy elocuente discurso, tan lleno de piedad, que hizo asomar las lágrimas á los ojos de cuantos le escucharon. En él manifestó que no era su objeto desplegar ante sus vasallos todo el aparato de la majestad del trono, como habia hecho en otras diversas ocasiones; que en aquellos momentos se trataba, no de la majestad de la tierra, sino de la Majestad del cielo, del Árbitro supremo de las coronas que tan visiblemente habia favorecido en todo tiempo al reino de Francia; que era preciso apresurarse á sofocar en su cuna los mónstruos de la impiedad conjurados contra el sacramento de la Eucaristia, prenda preciosa del amor de Jesucristo para con los hombres. Atento á esto hizo varias y profundas reflexiones, y terminó su discurso diciendo: «Mando, pues, que á vista de esto los culpables sean castigados con un rigor que impida para en adelante, no solamente imitar sus ejemplos, sino tambien el abrazar sus perversas opiniones. Suplico encarecidamente á todos cuantos en este momento me escuchan, y encargo á todos mis vasallos, que velen sobre sí mismos, sobre sus hijos y

sobre todos sus parientes, para que ninguno se desvíe de la doctrina de la Iglesia católica, en cuyo seno me ven perseguir con todos los grandes de mi reino. Si yo mismo, que soy vuestro rey y señor, creyese que uno de mis miembros estaba inficionado del mortal veneno de la herejía, os lo entregaría para que lo cortaseis. ¿Qué digo? Si supiese que uno de mis hijos estuviese infecto, le sacrificaría á la execración pública (1).»

Hé aquí un discurso digno de los labios de un rey católico, que nos demuestra la gran fé y religiosidad de Francisco I, así como el horror que tenía á todas las novedades heréticas.

Sin embargo de esto los novadores estudiaron el modo de sorprender á este rey y hacerle caer en un lazo. Inclinaron su ánimo á que fuese á escuchar al cura de San Eustaquio, llamado el Gallo, que arrastraba en pos de su elocuencia á todos los amantes de la sabiduría. Puede decirse que este predicador pasó más adelante que Lutero, pues que al hablar de la Eucaristía, citó de un modo bastante extraño y original estas palabras de la misa: *Sursum corda*: diciendo que no debía fijarse la atención en lo que estaba sobre el altar, sino elevarse hácia el cielo por la fé, para hallar allí al Hijo de Dios. El rey no advirtió por el pronto el veneno que envolvían las palabras del predicador, pero dos cardenales que se hallaban presentes, interrumpieron al orador y le arguyeron tan victoriosamente, que aquel no tuvo otro remedio que retractarse inmediatamente en el púlpito de un modo tan público como lo había anunciado. Como se vé,

(1) Florim. de Rem. p. 861.

aquel lazo preparado por los novadores no había dado resultado alguno.

Calvino cuando de subalterno entre los sectarios quiso hacerse cabeza de secta, tomó tal carácter con la publicación de su obra ya citada, *Institucion Cristiana*, que escribió en Angulema y fué impresa por primera vez en Basilea en 1535. Calvino tuvo entonces la audacia de dedicar esta obra á Francisco I, en lengua francesa. Despues el autor la puso en latin con una elegancia y pureza de dición muy notable; desde entonces han sido muy numerosas las ediciones que se han hecho de esta funesta obra.

Daremos una idea de esta produccion.

Se cita generalmente el prólogo como una obra maestra y está dirigido al rey. Con el objeto aparente de combatir á los herejes despliega todos los recursos de la elocuencia, y dejando correr la pluma artificialmente, trata de hacer odioso el gobierno de la Iglesia de Roma. Es decir que empieza por combatir á los herejes para presentarse él como tal.

El plan de la *Institucion Cristiana* está trazado sobre el Símbolo de los Apóstoles. Por lo tanto la obra está dividida en cuatro libros que corresponde cada uno á una de las cuatro partes del Símbolo; la primera que trata de Dios Padre y de la creacion; la segunda de Dios Hijo y de la redencion; la tercera del Espíritu Santo, autor de nuestra santificacion; y la cuarta de la Iglesia y de los bienes que posee.

En el primero de los libros, Calvino conviene con Lutero en negar que la Iglesia sea el juez de las Escrituras, di-

ciendo que no le pertenece decidir de su autenticidad ni determinar su sentido, haciendo libre la interpretacion de los sagrados libros. Tambien se declara iconoclasta, impugnando el culto de las imágenes como supersticioso. En cuanto al testimonio de las Escrituras extiende su necesidad hasta la nocion de un Dios Criador, «la cual, dice, no puede adquirirla el hombre ni por el espectáculo admirable del universo, ni por todas sus luces naturales que están oscurecidas por la ignorancia y la depravacion. Sin las divinas Escrituras, añade (olvidando á Job y á los demás justos que no vivieron bajo la ley), nadie puede gustar de la sana doctrina (1).» Tambien en este libro sienta errores sobre la Santísima Trinidad, diciendo que el Hijo de Dios tiene su esencia por sí mismo, bien que antes en otra obra habia afirmado que el Hijo no es *Dios de Dios*, combatiendo de este modo lo decretado en el santo concilio de Nicea, cuyo simbolo se lee en el santo sacrificio de la Misa.

En el libro segundo niega la libertad del hombre, culpable del pecado original, y dice que no puede consentir que se dé el nombre de libre albedrio á una cosa tan ténue como la exencion de la violencia, resto único de esta facultad (2). Al explicar las palabras: *Jesucristo descendió á los infernos*, tiene el atrevimiento de decir que el Hombre-Dios sufrió en su pasion la pena de los condenados, y que este sentimiento fué el que le obligó á exclamar en la cruz: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* Tal fué el resultado de la libre interpretacion de los sagrados libros.

(1) Instit.-Calvin. Edit. 1697, lib. I, pág. 10.

(2) Lib. II, p. 63.

El que desconociendo la autoridad de la Iglesia, única para explicar las Sagradas Escrituras, pretende interpretarlas por sí mismo, no puede ménos de caer en las mayores impiedades.

En el tercer libro trata del Espíritu Santo y de sus dones, el primero de los cuales, segun el novador, es la seguridad inmutable que todos los verdaderos fieles tienen de su salvacion; en su sentir, aquellos no son otros que los predestinados, pues la fé de que supone es siempre inseparable esta seguridad, jamás la tienen los réprobos. Sustentando la misma doctrina que Lutero dice que la fé es la que obra, la justificacion en el hombre haciéndole participar de la justicia de Jesucristo, que se le imputa por medio de esta fé (1). Aun aventajó en esta materia en impiedad al doctor de Wittemberg, toda vez que dice: Esta semilla de vida está tan arraigada en nuestros corazones que jamás se pierde ni se altera. Habla tambien en este libro con la mayor impiedad del sacramento de la Penitencia; contra las satisfacciones, las indulgencias, el purgatorio, los sufragios por los difuntos y otros puntos. Por último trata de la predestinacion, atribuyéndola únicamente á la voluntad de Dios aun para la reprobacion de los hombres. De tal modo se expresa sobre este punto, que los teólogos le miran como antilapsario; es decir, que independientemente de la caida del primer hombre, admitia así la predestinacion como la reprobacion absoluta, aniquilando de este modo el libre albedrio hasta en el estado de la inocencia.

Por último, en el cuarto y último libro es en el que se

(1) Lib. III, p. 142 y 143.

encuentran mayor número de errores. En él dirige todos sus tiros contra la Iglesia romana, diciendo que no es otra cosa que una escuela de idolatría y de impiedad, donde se aniquila la esencia misma de la doctrina evangélica. Del modo más violento ataca no solamente la primacía del Romano Pontífice, sino también la autoridad de los concilios, el celibato de los clérigos, los votos de religión y los sacramentos, exceptuando el del Bautismo, no perdonando la misa ni la adoración de la Eucaristía. A él estuvo reservado dar la última mano á la herejía de Zuinglio en cuanto á la presencia real, tanto que despues muchos le han reputado como jefe de los sacramentarios. En este punto puede decirse que él mismo no se entendia, toda vez que hizo los mayores esfuerzos para encontrar un medio entre la persona real que admitia Lutero y la opinion de Zuinglio que no admitia otra cosa en la Eucaristía que una simple figura del Cuerpo y de la Sangre de Jesucristo. Entre dos cosas tan contradictorias como son la presencia real y la figura, no era posible hallar medio alguno: así pues, en el espíritu de sus discípulos no ha quedado otra cosa que la doctrina de Zuinglio á la cual despues han permanecido adheridos.

Calvino seguia en Ginebra donde habia establecido el baluarte de su doctrina. El obispo de esta ciudad habia abandonado á sus diocesanos, uniéndose contra ellos con el duque de Saboya. Aquellos aliados eran llamados *hugonotes*, por corrupcion de una palabra alemana, y de esto trajo su origen el darse á los calvinistas el nombre de *hugonotes*. El llamarse á sus pastores *ministros* proviene de la escuela de derecho que existia en Poitiers, llamada *escuela ministerial*.

Tales fueron las raíces que la doctrina calvinista habia echado en Ginebra, que podia darse por perdida en aquella localidad la fé católica: los que aun la conservaban, aterrados por el rigorismo de las leyes que se dictaban, no se atrevian á practicarla públicamente.

Es una verdad que Dios gobierna el universo en peso, número y medida, y que dispone segun su voluntad soberana y con arreglo á su altísima Providencia el orden de los sucesos con los cuales se propone premiar ó castigar á los pueblos. También lo es que la Iglesia está destinada á sufrir grandes luchas y terribles persecuciones, para salir triunfante de todas ellas, y que el mundo á vista de tan prodigiosos triunfos tenga mayores pruebas de su verdad y de la divinidad de su Autor.

En cuanto á lo primero debe notarse que segun las necesidades de los tiempos, y especialmente cuando las herejías se han presentado para combatir los sacrosantos dogmas, ha suscitado héroes admirables, valerosos campeones que, dotados de virtud y sabiduría, han sabido edificar cuanto aquellos destruian con sus satánicas predicaciones. Sin necesidad de remontarnos á tiempos antiguos, es decir, á los primeros siglos de la Iglesia, vemos que en el xvi, cuando la herejía hacia suya la Alemania y la Inglaterra, y trabajaba por debilitar la fé en Polonia, Hungría, Bohemia y Francia; y la España que habia luchado con tanto esfuerzo por arrojar de su seno á los sectarios del falso profeta de la Meca se veia amenazada del contagio del luteranismo, el Señor hizo que en aquella misma época, España, contra la que nada pudieron los apóstoles del error, fué un verdadero

plantel de sabios y de santos, centinelas avanzados á los alrededores de los santuarios de la fé católica : entre ellos ocupa un lugar distinguido san Ignacio de Loyola, nuevo Elías, que tomando por blason estas hermosas palabras : *A mayor gloria de Dios*, se propuso volver por la honra del Señor mancillada por la audacia de los herejes en la mayor parte de las naciones de Europa. Su nunca bien ponderado libro de los *Ejercicios*, pequeño en volúmen, pero riquísimo en sublimes conceptos, ha hecho más bien á la Iglesia que daño la han causado los herejes con las voluminosas obras que han escrito para combatirla. Justamente, cuando por una parte Lutero y por otra Calvino apartaban á los fieles de la obediencia del vicario de Jesucristo, contra el que vomitaban las mayores injurias, é Inglaterra rompía los lazos que la unian con la Santa Sede, Ignacio de Loyola fundaba esa esclarecida *Compañía de Jesús*, cuyos individuos hacen voto particular de obediencia al pontífice romano, y se hallan siempre dispuestos á dirigirse hasta las más remotas regiones para anunciar el Evangelio y llevar la civilización cristiana á los que carecen de bien tan inestimable. No extrañamos que los hijos de Ignacio de Loyola sean objeto en todas partes de las iras y del furor de los revolucionarios. Son las verdaderas y más fuertes columnas del catolicismo; por esta causa las sectas protestantes y las sociedades secretas trabajan siempre en contra de ellos, siendo su primer cuidado el arrojarlos de los territorios donde llegan á conseguir el poder.

Hacemos la historia de las sectas protestantes, y no es este por lo tanto lugar á propósito para que hagamos la

apología de la Compañía de Jesús, que por otra parte no necesita de nuestros pobres elogios, cuando las plumas mejor cortadas se los han tributado en justicia para hacer frente á esa falange de escritores venales que, usando hiel en vez de tinta, manchan con groseras é indignas calumnias la honra de tan sabios y virtuosos varones : pero haremos tan solamente una sencilla reflexion á aquellos lectores que tal vez sin exámen de causa y solo por lo que han oído hablar á otros miran con prevencion á los individuos de la Compañía de Jesús. Háganse cargo de quiénes son siempre sus perseguidores, y comprenderán la injusticia de tales persecuciones y la virtud de los perseguidos. Tan solamente vamos á presentar los dos ejemplos más modernos que puede hoy consignar la historia.

España y Roma nos los presentan.

Apenas se inició la revolucion de setiembre, cuyas tristes consecuencias aun estamos experimentando, cuando fueron señalados como primeras víctimas de ella los jesuitas. ¿Cómo se comprende esto? ¿No se hallaban encargados de la educacion de lo más florido de la juventud de España? ¿No les habian confiado sus hijos las familias más distinguidas de la sociedad? ¿No les eran generalmente adictas las aristocracias de la sangre, de la ciencia y del dinero? ¿Pues cómo la nacion se estrelló contra ellos? Es muy sencillo. No fué la nacion la que extrañó á los jesuitas, como no fué la que destruyó templos, se apoderó de seminarios, arrojó de sus claustros á muchas esposas del Cordero, y se propuso matar de hambre al clero, despues de arrastrar por ei lodo la corona de san Fernando : la sublevacion militar

de setiembre, que se ha dado en llamar revolucion española, fué llevada á cabo por hombres que sólo el nombre tenían de católicos, algunos de los cuales pertenecian á sociedades masónicas, por lo cual hollaron todos sus juramentos: y la parte de pueblo, las masas que se levantaron contra la Iglesia, las que pidieron la expulsion de los jesuitas, y las juntas que la decretaron, dieron suficientes pruebas de su hostilidad al catolicismo. A los revolucionarios de todas razas estorban siempre los jesuitas; estos producen las mejores obras en todos los ramos del saber humano, instruyen católicamente á la juventud, enseñan y predicán el respeto y sumision á las autoridades legitimamente constituidas: ¿cómo no han de servir de estorbo á los agitadores de oficio, á los que no quieren reconocer más ley que sus caprichos, á los que, en suma, quieren revoluciones para labrar su propia fortuna y engrandecimiento?

Fijen los hombres pensadores la vista en el cuadro que hoy presenta la capital del mundo católico. ¡Cuántos de nuestros lectores la habrán visitado! ¡Cuántos habrán admirado en Roma la majestad del culto, la grandiosidad de sus templos, la belleza de sus monumentos, la piedad de sus habitantes, y más que todo la hermosa tranquilidad que allí se disfrutaba! Pues bien, ¿qué ha sucedido despues que un monarca usurpador se ha arrojado sacrilegamente sobre la ciudad santa? todo se ha trastornado: se insulta al clero, se profanan los más sagrados lugares, y al par que se injuria públicamente al Santo Padre, al vicario de Jesucristo, se persigue encarnizadamente á los jesuitas. En todas partes lo mismo. Compare, pues, y medite en estos hechos el

lector de buen criterio, y comprenderá dónde está la virtud y dónde la maldad.

Reanudemos el hilo de nuestra narracion que hemos interrumpido casi involuntariamente: cuando tocamos al origen y á las consecuencias de las revoluciones modernas no somos dueños de nosotros mismos, y la pluma no encuentra expresion que quiera ser la postrera para condenar el torrente impetuoso de la iniquidad que hoy se precipita por la mayor parte de los pueblos de Europa, que empiezan ya á expiar el crimen de su desercion del catolicismo.

Deciamos, pues, que debe mirarse como un hecho providencial el haber aparecido por la época que historiamos héroes tan eminentes como Ignacio de Loyola, José de Calasanz, Teresa de Jesús, y otros que fueron, al par que glorias de la católica España, sustentáculos de la militante Jerusalem.

Parece increíble que se verificase tan gran número de deserciones de las filas católicas por la predicacion y enseñanza de Calvino; pero ello es que se verificaron hasta en hombres constituidos en altas dignidades eclesiásticas, como ya hemos manifestado.

Con el solo objeto de tratar de los asuntos concernientes á la religion se verificó una asamblea general, en la que el guardian del convento de Rive, que ya se habia hecho calvinista, aunque no lo habia manifestado públicamente, habló contra la presencia real, el sacrificio de la misa, la invocacion de los santos; el culto de las imágenes, el purgatorio y los votos monásticos. Con motivo del discurso pronunciado por este nuevo apóstata, se promovió una aca-

lorada disputa entre los doctores católicos y los calvinistas; y los religiosos de diversas órdenes que habían acudido y los demás que había en la ciudad protestaron que tenían por herética toda la doctrina expuesta por el guardian de Rive, siendo de notar que en esta protesta se incluyeron todos los religiosos franciscanos del mismo convento del apóstata.

Sin embargo, el mal era ya irremediable en lo humano: los magistrados estaban resueltos á abolir la religion católica. El consejo de los doscientos compuesto de ciudadanos de todas clases, en su mayoría comerciantes, artistas y artesanos que no habían estudiado una palabra de la ciencia sagrada, decidieron, *motu proprio*, que todas las observaciones hechas por los religiosos y demás personas que habían defendido el catolicismo, no eran otra cosa que supersticiones, é inmediatamente se publicó un edicto por el cual quedaba abolida la religion católica, y todos los ciudadanos obligados á seguir las nuevas doctrinas. Para perpetuar el recuerdo de esta rebelion y apostasia, colocaron en la casa municipal una lápida de bronce con esta inscripcion: *En memoria de la gracia que Dios nos ha hecho de sacudir el yugo del Antecristo romano, y de abolir sus supersticiones.*

Réstanos añadir á lo expuesto, para que comprenda el lector la moralidad y los deseos de que se hallaban adornados los reformadores, que el guardian del convento de Rive, llamado Jaime Bernard, quiso hacer una pública profesion de la Reforma evangélica, á cuyo fin se despojó de su hábito y se casó públicamente con la hija de un impresor á la cual formó un dote considerable con los bienes de su propio convento que había usurpado.

Calvino había andado mucho tiempo errante, huyendo del suplicio que le preparaba su patria, y por último se presentó nuevamente en Ginebra. El y Farel, que es considerado como primer fundador de la iglesia llamada evangélica de Ginebra, fueron desterrados como perturbadores del reposo y la tranquilidad del Estado. Farel fué recibido en Neufchatel como ministro en jefe, y Calvino se refugió en Strasburgo donde abrazó *la cruz del matrimonio*, uniéndose con la viuda de un anabaptista.

Citaremos otros ejemplos de lamentables apostasias. Es uno el de Ochino, vicario general que era de los capuchinos, en cuya reforma franciscana había entrado pocos años despues de su institucion. Gozaba este religioso de una gran reputacion como orador sagrado, y su elocuencia hacia que sus auditorios fuesen numerosísimos. San Ignacio de Loyola, con el que conferenció, conoció que bajo la máscara de una falsa humildad ocultaba el espíritu de vanidad y de soberbia, por lo que le dió los más sanos consejos: desgraciadamente no sirvieron de nada, y bien pronto dió á conocer Ochino que no se había engañado el santo fundador de la Compañía de Jesús. No habiendo podido conseguir la púrpura cardenalicia que deseaba, empezó á manifestar sus simpatias por la Reforma protestante. Predicó el nuevo Evangelio, y no queriendo presentarse en Roma donde fué citado huyó á Ginebra, acompañado de una jóven de Luca á la que pervertió, tomándola luego por esposa.

Este miserable apóstata fué de los ménos afortunados; pues hasta los mismos herejes lo miraban con horror y le despreciaban, de suerte que llegó á verse reducido á la ma-

yor miseria. Aun en la tierra experimentó el castigo el que abandonando la austeridad capuchina se entregó con el mayor cinismo á los más graves excesos haciendo gala de su misma depravacion: anduvo errante por diversos puntos de Alemania y de Suiza, y por último se refugió en Polonia donde predicó las mayores impiedades, por cuya causa fué expulsado de aquel pais yendo á acabar sus dias en Moravia. Segun los anales de los capuchinos murió penitente y mártir en Ginebra; pero algunos autores apoyándose en el testimonio de Graziani, santo obispo de Amelia, que lo habia conocido en sus últimos tiempos, aseguran que murió en la mayor miseria y sin dar la menor señal de arrepentimiento.

Más lamentable por sus consecuencias fué la apostasia de Herman, arzobispo de Polonia, que hasta entonces habia sido de costumbres irreprehensibles; pero no era de mucha sabiduría, motivo por el cual se dejó seducir por algunos luteranos que le rodearon. Con el objeto de que predicasen en su diócesis llamó á los más renombrados ministros de la Reforma, entre ellos á Melancton. La universidad y el clero de Polonia se alarmaron y se opusieron á los proyectos del arzobispo, el cual llegó á proponer en una pública asamblea el cambio de religion antigua, nombrando ministros que redactasen los artículos de la nueva doctrina que debia sustituir á las antiguas creencias. El cabildo eclesiástico apeló al Sumo Pontífice y tambien al emperador en su calidad de defensor de la Iglesia. Sin embargo, algunos del clero y de la nobleza le siguieron. Este prelado fué excomulgado y depuesto por el Papa, motivo por el cual se retiró á

su condado de Weidon, donde murió obstinado en la herejía, cuando contaba más de ochenta años de edad.

Calvino, que, como hemos dicho, habia sido arrojado de Ginebra, fué vuelto á llamar en 1541, siendo recibido con los mayores honores y obteniendo la comision de arreglar su iglesia del modo que le pareciese más conveniente. Esto fué colmar los deseos del heresiarca, el cual usando de la autoridad que se le confiaba, ordenó la disciplina del modo que despues se ha conservado en las llamadas iglesias reformadas, así como la forma de las predicaciones y la manera de celebrar los bautismos y los entierros (1).

(1) Hist. vérit. du Calv., p. 119.

CAPITULO XII.

Concilio de Trento.—Cranmer.—Causa que se le siguió.—Su falsa retractación.—Muere en la hoguera.—Comparacion entre los mártires de la Reforma y los del catolicismo.—Severidad de la reina María.—Progreso de la herejía en el Norte de Europa.

La Iglesia de Jesucristo experimentaba una crisis espantosa, la mayor que habia sufrido desde que salió victoriosa de las catacumbas, despues de las persecuciones del paganismo. La disolucion de las costumbres así como los abusos que se introducian en una parte del clero secular y regular, que atañian en mucha parte á algunos puntos de la disciplina, facilitaban los progresos de la herejía. Los verdaderos católicos deseaban que se buscasse un remedio á mal tan extraordinario, y no veian otro que la celebracion de un concilio general, lo que era tanto más urgente cuanto que el luteranismo se extendia rápidamente por Alemania, al mismo tiempo que el calvinismo hacia grandes y lamentables estragos en Francia, Holanda, Flandes y Suiza. La Gran Bretaña se separaba de la Iglesia, y la nueva Reforma penetraba en la Suecia y en Dinamarca. Creian algunos que

la celebracion del concilio no serviría más que para aumentar las agitaciones y los disturbios, sin que se consiguiese el resultado apetecido de la conversion de los herejes. No prevaleció esta idea, y así aprovechando la paz hecha por aquel tiempo entre Carlos V y Francisco I, se pudo señalar un lugar tranquilo para la celebracion de la augusta asamblea. Una vez informado el papa Paulo III de la buena disposicion de los principes, expidió la bula de convocacion fechada en 19 de marzo de 1544, convocando la asamblea para la ciudad de Trento situada en la frontera del Tirol entre la Italia y la Alemania, para el 15 de mayo del año siguiente. Sin embargo, circunstancias particulares hicieron diferir la apertura hasta el tercer domingo de Adviento que en 1545 cayó en 13 de diciembre.

No historiaremos de esta augusta Asamblea más que lo que hace relacion al asunto que tratamos.

Como quiera que el apóstata Lutero en la traduccion que habia hecho de la Biblia, de la que ya nos hemos ocupado, habia tergiversado los sagrados textos con menoscabo de la palabra de Dios, el santo concilio dedicó una de sus primeras sesiones á formar un decreto sobre los libros santos, que se publicó en la sesion tercera. Señaló los libros que deben ser reconocidos como canónicos, y declaró «que entre todas las ediciones latinas debe tenerse por auténtica la antigua Vulgata, comprobada con el uso de la Iglesia en muchos siglos, y se manda que nadie se atreva á dar á las palabras de la Escritura un sentido contrario al que le da ó le ha dado la Iglesia, á quien toca juzgar del verdadero sentido de las Escrituras; no interpretarlas contra el uná-